

FÁTIMA FRUTOS

*La selva bajo
mi piel*

VII PREMIO DE NOVELA ALBERT JOVELL.
FUNDACIÓN PARA LA PROTECCIÓN
SOCIAL DE LA OMC.



ALMUZARA

OMC §

ORGANIZACIÓN
MÉDICA COLEGIAL
DE ESPAÑA



FUNDACIÓN PARA LA
PROTECCIÓN SOCIAL

VII PREMIO INTERNACIONAL DE NOVELA ALBERT JOVELL. FUNDACIÓN PARA LA PROTECCIÓN SOCIAL DE LA OMC

Jurado compuesto por:
Espido Freire
Alberto Infante Campos
Óscar López Hernández
José María Rodríguez Vicente
Javier Ortega Posadillo

© FÁTIMA FRUTOS, 2022

© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2022

Primera edición: marzo de 2022

Fátima Frutos, autora representada por Marcapáginas Agencia Literaria.

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Editorial ALMUZARA • Colección NOVELA
Director editorial: ANTONIO CUESTA
Edición de JAVIER ORTEGA

www.editorialalmuzara.com
pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

Imprime: ROMANYÀ VALLS
ISBN: 978-84-18952-43-2
Depósito Legal: CO-1353-2021
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

A Klaus, por descubrirme a Hölderlin.

*Nuestros muertos son muertos con espíritu. No son
muertos que se destruyen, que se matan, que se
olvidan, sino muertos que continúan profundamente
activos y vivos en la sociedad a la cual pertenecieron
y continúan generando espíritu humano, generando
dignidad humana, generando capacidad crítica,
capacidad constructiva, imaginación.*

José María Tojeira

*Salimos al nacer, entramos al morir.
Vivir es llegar y morir es volver.*

Lao Tsé

Índice

Bajo el sol de noviembre	13
El viaje de Asier	23
Colomoncagua, el refugio de la esperanza	27
El cementerio de Biriadou.....	39
Las rosas de los mártires.....	51
Biarritz – Bordeaux.....	63
El Mozote, la voz de los muertos	71
Las alianzas de los Asuet.....	85
Eclipse total	95
Bordeaux – París	113
Inundaciones	125
El instinto de la luz.....	143
Exhumaciones	155
París – Frankfurt	173
La persistencia del rojo	189
Frankfurt – Bamberg	205
El honor de las despedidas.....	211
Los caballeros de Bamberg	223
Ellacuría vive	235
Núremberg tras de mí.....	241
Las cenizas bajo el río	251
<i>A modo de epílogo.....</i>	<i>259</i>
<i>Agradecimientos</i>	<i>263</i>

BAJO EL SOL DE NOVIEMBRE

La universidad permanecía extrañamente tranquila. El sábado anterior, poco después de empezar la ofensiva, un grupo de cuatro guerrilleros logró forzar el portón del ángulo sureste haciendo estallar una bomba para, a continuación, desaparecer en mitad de la noche. Sin embargo, aquel lunes la principal preocupación de los jesuitas era la de si Ellacu quedaría atrapado en el aeropuerto bajo el toque de queda. Finalmente, el rector llegó antes de las seis. Los soldados apostados en la Autopista Sur habían detenido su automóvil, pero, al reconocerle, dejaron que siguiese su camino. En cuanto sus compañeros le tuvieron en casa llamaron a la comunidad de la calle Mediterráneo y guardaron, en un portafolio marrón claro, el dinero que acompañaba al galardón recibido en Barcelona, cinco mil dólares. Se emplearían en una universidad nunca sobrada de recursos.

La última conferencia que pronunció Ignacio Ellacuría con vida fue en el Saló de Cent, en el ayuntamiento de la ciudad condal, con motivo de la recepción del Premio Internacional Alfonso Comín. Y en ella enunció una de aquellas aseveraciones suyas cargadas de sentido común y sabiduría: «El mundo está gravemente enfermo, en trance de muerte. Hay que revertir la historia, subvertirla y lanzarla en otra dirección». Siete días después de esta afirmación tomaba el avión

que le traería de vuelta a El Salvador (antes había sido advertido por familiares y amigos sobre el recrudecimiento de la guerra en la capital). Media hora después del regreso de Ella curía, el recinto de la UCA fue invadido por fuerzas militares que registraron todo minuciosamente. Incluso, la víspera de su llegada, en Radio Cuscatlán a través de un programa tipo «micrófono abierto» se profirieron amenazas hacia la UCA y su rector: «¡Mátenlos! ¡Refugio de subversivos! ¡Ellacuría es un guerrillero! ¡Córtente la cabeza!». Así fue como se puso en el centro de la diana a la institución y al hombre; a la persona que llevaba tiempo siendo el puente mediador entre las dos partes del conflicto.

Queridos televidentes, ahora mismo nos encontramos en los Jardines de Guadalupe, muy cerca de donde todo ocurrió. En la actualidad ha comenzado una nueva ronda de diálogo entre el Gobierno y el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), mientras en El Salvador se vive una tensa espera, previa a la celebración de la vista pública en la Corte Suprema de Justicia. Nueve militares, cuatro oficiales y cinco soldados rasos serán formalmente procesados por la masacre de la UCA. Sobre la autoría intelectual de aquellas muertes la Fuerza Armada guarda un total silencio, cómplice, sin duda alguna, de la ignominia. Les invito a reconstruir, gracias a las imágenes que graba junto a mí Íñigo Santolaya, nuestro cámara, los sucesos que hace casi dos años conmocionaron al mundo. Todo ello, basándonos en el trabajo de investigación que, desde julio de 1989, lleva realizando en la UCA Teresa Whitfield para la que será su obra *Pagando el precio*.

Aquella tarde apenas circulaban automóviles por las calles; los pocos que lo hacían llevaban banderas blancas colgadas de sus ventanas. Los viandantes se apresuraban para llegar cuanto antes a sus casas, contraídos y cabizbajos. Se sabía que la ofensiva llamada «Hasta el tope» del FMLN agravaría la contienda y daría lugar a más muertes. En torno a las cuatro y media de la tarde, el padre Ibisate leía y preparaba apuntes en una de estas mismas mesas al aire libre, dispersas por todo el campus. Aquí detrás, en el barrio

Antiguo Cuscatlán, se desarrollaba un enfrentamiento y las balas pasaron rozando los edificios y silbando por encima de su cabeza. Decidido a regresar con prontitud a su casa, en la parte trasera de la UCA, enfiló la calle Mediterráneo, vacía y desolada, mientras las familias se preparaban para una interminable noche de hambre, pánico y horror.

Para Ibisate el sueño fue turbulento. A media noche el ruido de un avión le despertó. Casi conciliando de nuevo el descanso, a eso de las dos de la madrugada, una ráfaga de tiros le volvió a desvelar. Se levantó, se fue a la cocina a hacerse un café y, fumándose un cigarro, intentó identificar de dónde procedía el tiroteo. Se acercó al ojo de la cerradura de la puerta para ver qué pasaba y pensó que el combate se estaba produciendo cerca de este mismo supermercado que les muestran, justo en la esquina de la calle. Se oían constantemente silbidos de balas perdidas y decidió que era mejor terminarse el café y regresar a la cama. Eran casi las tres de la madrugada cuando el sonido de los disparos se hizo cada vez más tenue, hasta que desapareció por completo. De pronto, un total silencio se impuso: se acababa de perpetrar el asesinato de los jesuitas de la UCA. Y el amanecer se iba abriendo paso, lentamente, en medio de una paz aún lejana.

El edificio que ustedes pueden ver a mi espalda es la Escuela Militar Capitán General Gerardo Barrios. A las diez y cuarto de la noche del quince de noviembre de 1989 Espinosa, teniente que comandaba una unidad del batallón Atlácatl, recibe por radio la orden de reunir aquí a sus hombres. Pocos días antes de ese llamamiento la compañía de Espinosa había estado siendo entrenada por trece expertos de las Fuerzas Especiales estadounidenses de Fort Bragg.

Al llegar a la capital, procedentes de la base del batallón Atlácatl en el departamento de La Libertad, Espinosa y su subteniente Guevara se dirigieron al Estado Mayor. La unidad quedó bajo la dirección del coronel Benavides, miembro destacado de la tanda más poderosa de la Fuerza Armada, la del 66, a la que en El Salvador se le conoce coloquialmente como «la tandon». ».

La víspera Benavides había asistido a una reunión con el jefe del Estado Mayor, René Emilio Ponce y varios altos oficiales. El clima fue tenso, por la incapacidad de repeler la ofensiva iniciada días antes por el FMLN. El cenáculo, en el que también estuvieron el ministro de Defensa y los viceministros, concluyó a las diez y media de la noche, no sin antes despertar al presidente Cristiani para que firmara una orden autorizando el uso de la Fuerza Aérea y la artillería. Según publicaron mis colegas de *The Boston Sunday Globe*, Cristiani habría permanecido en las estancias del Estado Mayor Conjunto hasta las dos de la madrugada del día siguiente, 16 de noviembre.

Pero volvamos al encuentro entre Espinosa, Guevara y Benavides. La petición cursada por esta cadena ante las autoridades gubernamentales para poder grabar la sala de oficiales, donde se produjeron las conversaciones de planificación del asalto a la UCA esa noche, nos ha sido denegada sin razón alguna. Por tanto, desde las intermediaciones les relatamos lo que conocemos hasta ahora, a través de las confesiones extrajudiciales de ocho de los acusados.

Benavides, en su despacho, sin dar muchos rodeos, espetó a sus subordinados: «En esta situación son ellos o nosotros. Vamos a comenzar por los cabecillas. Dentro de nuestro sector tenemos la universidad y allí está Ellacuría. Ellos han sido los intelectuales que han dirigido a la guerrilla durante mucho tiempo». Benavides remató instando a Espinosa a que fueran él y sus hombres los que acudiesen a la universidad, ya que ellos habían estado allá haciendo un registro hacía dos días. Los acompañaría otro teniente, Yussly Mendoza, como refuerzo del operativo militar. Sus últimas palabras antes de que los oficiales partiesen fueron: «Hay que eliminarlos. Y no quiero testigos».

Antes de salir de la Escuela Militar, Espinosa le pidió a Yussly Mendoza una barra de camuflaje, como esta que tengo en mi mano. El teniente había sido bachiller en el colegio jesuita San José, estando por aquel entonces de director el padre Segundo Montes y temía ser reconocido por él en su «segunda visita» a la UCA.

Espinosa y Guevara acudieron de inmediato a informar a sus hombres. En primer lugar, se dirigieron al subsargento Ramiro Ávalos, que mandaba la segunda patrulla de la unidad de comandos. Ávalos, al que todo el mundo conocía por el apodo de Satanás, fue el primero que supo que «debían encontrar y matar a unos sacerdotes en la UCA», porque eran «los dirigentes de los terroristas». Más allá de la medianoche, con una luna salvadoreña preñada de rojo, todos los comandos del Atlácatl se reunieron fuera de ese puesto de guardia que pueden ver allí. Se trataba de unos treinta y cinco hombres, uno de los cuales, el soldado Amaya Grimaldi, más conocido como Pilijay, que en náhuatl significa verdugo, era el único capaz de manejar el fusil AK-47, el cual fue blandido por Mendoza con el brazo en alto, mientras todos los efectivos montaban en las camionetas. En todo El Salvador, un AK-47 hecho en la URSS tenía el marchamo del FMLN, a diferencia del M-16, que era el arma ordinaria del ejército salvadoreño.

A nuestra izquierda, como ustedes pueden observar, se encuentra la Basílica de Guadalupe, lugar de peregrinación para los católicos salvadoreños. Por aquí, Espinosa y Mendoza condujeron en un primer vehículo y Guevara en otro fue siguiéndoles. La comitiva se dirigió hacia la Autopista Sur y, más adelante, cuesta arriba, llegaron hasta el Banco Hipotecario justo detrás de la UCA.

Ahora Santolaya y yo les mostraremos el lugar exacto donde los militares descendieron de sus vehículos junto a esos edificios de apartamentos. En aquel momento se encontraban abandonados y a medio construir.

Espinosa dio un silbo y más de veinticinco hombres se congregaron a su alrededor. Se dirigió a Pilijay y le dijo: «Vosotros el hombre clave». Les instruyó sobre cómo sería la retirada: tras la señal luminosa de una bengala aparentarían un enfrentamiento entre ellos y el FMLN. Poco después ordenó la formación de una columna para marchar hasta la UCA cruzando la calle Mediterráneo.

A la una de la madrugada la noche solo era vigilada por una oscuridad teñida del color del llanto. Espinosa, que

caminaba junto a Pilijay, rozó su brazo con el AK-47 que este portaba y de inmediato masculó: «Escondé esa mierda».

Los soldados entraron por este mismo portón que ven tras de mí y estuvieron un rato de espera junto al aparcamiento de automóviles mientras un avión pasaba a muy baja altura, tanto es así que despertó al padre Sainz, director del Centro Loyola de ejercicios espirituales. Justo ahí enfrente comenzaron a fingir un primer enfrentamiento entre la guerrilla y el ejército con el lanzamiento de una granada y el destroce de varios vehículos. Luego, bajaron unas escaleras, y siguieron por este mismo camino donde yo me encuentro ahora hasta llegar a aquel edificio de dos pisos detrás de la capilla: era la casa de Ellacuría y los jesuitas.

Una vez rodeada la casa, los militares empezaron a golpear las puertas. El sargento Zarpate logró entrar y avanzó unos metros, como yo estoy haciendo ahora, por este mismo pasillo. Se paró al escuchar el ruido que provenía de la habitación que les abrimos a continuación. La luna alumbraba a dos mujeres. Celina, la más joven, se encontraba acostada en esta cama y Elba, su madre, permanecía sentada junto a ella. Mendoza apareció por detrás de Zarpate con una lámpara y, al distinguir a las empleadas que estaban allí, le ordenó permanecer vigilándolas y no permitir que nadie saliera de la estancia. A continuación, Mendoza pasó por la cocina, el comedor y el lavadero: todo estaba vacío. A la vez, dio inicio a un recorrido de rapaz nocturna en busca de presas. Sabían de antemano que los cuartos de los jesuitas daban al pasillo en el que estamos ahora. Ante los gritos de insistencia para que abriesen, mientras asestaban golpes a diestro y siniestro, un hombre apareció junto a una hamaca colgada. Vestía una bata color marrón. Se dirigió a ellos y les dijo: «Espérense, voy a abrirles. No hagan desorden». Era Ignacio Ellacuría, el gran filósofo de la Liberación, el vasco universal. Tras más de diez minutos aporreando puertas y ventanas, el padre Segundo Montes abrió el portón y les indicó que eran plenamente conscientes de lo que estaba sucediendo en torno a ellos.

Cuando Amaya Grimaldi se percató de que Ellacuría ya estaba con el sargento Solórzano, Ávalos y otro soldado en la zona de césped que pueden ver al fondo, Segundo Montes era conducido al parterre y su compañero Martín-Baró, escoltado, abría la puerta que comunica la residencia con la capilla, momento en el que gritó: «Esto es una injusticia. Son ustedes carroña».

Estas palabras fueron escuchadas por una testigo, Lucía Barrera, empleada de limpieza de la Rectoría, que había buscado refugio con su familia en la residencia de otra comunidad jesuita, la de la calle Cantábrico, a unos treinta metros de aquí.

El sargento Solórzano hizo entrar a varios hombres de su patrulla, a la vez que los otros dos compañeros de Ellacuría, Juan Ramón Moreno y Amando López, eran sacados de sus cuartos y traídos hasta este lugar a punta de fusil. Hoy en día a este sitio, por la razón que ustedes mismos pueden contemplar, se le conoce como el Jardín de las Rosas.

Fue Ávalos quien dio la orden de que tiraran al suelo a los cinco jesuitas, hasta que llegaron los refuerzos, porque no se fiaba de esos hombres, mayores y desarmados, que portaban pantuflas, sandalias y pijamas. A Amaya Grimaldi le habían advertido de que lo verdaderamente peligroso eran sus cerebros y estaba convencido de que eran terroristas. Joaquín López y López, el único de los jesuitas que era salvadoreño, se encontraba en una de las habitaciones sin ser detectado por los asaltantes. Los tenientes Espinosa y Mendoza permanecían a unos diez metros de sus hombres. Cuando vieron a los sacerdotes tendidos en el suelo, Espinosa llamó a Ávalos y le dijo que procediese. Entonces, este se dirigió a Pilijay y le susurró algo al oído. Justo antes de que comenzase la masacre una salmodia de amor y muerte, una oración acompañada besó la hierba.

«¡Rápido, rápido, démosle!» fue el grito con el que Pilijay inició la matanza, disparando en la cabeza de los tres hombres tendidos delante de él: Ellacuría, Martín-Baró y Montes. Remató a cada uno con un tiro de gracia. Ávalos también disparó su M-16 a la cabeza y al cuerpo de los dos que tenía

más cerca: Moreno y López. Luego, Pilijay siguió vaciando su arma contra los cinco jesuitas y algunas de las balas dieron en la pared posterior del jardín, como se puede apreciar. A poca distancia, el teniente Espinosa asistía a esa escena dan-tesca en la que uno de los hombres acribillados en el suelo, Segundo Montes, era parte de su vida de estudiante. Pero esos segundos rememorando el pasado como alumno de los jesuitas no le impidieron ordenar que metieran a rastras los cadáveres de nuevo a la casa.

El cabo Cotta solo acarrió uno de los cuerpos hacia el corredor, dejándolo junto a esta habitación, sin notar que un zapato se desprendía del cuerpo inerte, quedando en el suelo junto a este libro ensangrentado que les descubro ahora, caído desde una estantería con el estruendo del tiroteo. ¿Su título? *El Dios Crucificado*.

Zarpate seguía custodiando a Elba y Celina y, tras la bala-cera, escuchó que alguien le daba la orden de matarlas. Sin reparar en más descargó toda la munición de su arma, hasta que ambas enmudecieron. Después salió por la puerta que daba a la capilla creyéndolas muertas.

Vidrios estrellados con la culata de los fusiles, llamas que devoraban libros y documentos, golpes que desbarataban muebles, ordenadores taladrados a balazos y cuadros inermes ante el desastre. Los soldados habían entrado en el Centro Monseñor Romero, muy cerca de la residencia donde se acababan de perpetrar los primeros crímenes, dispuestos a devastar el conocimiento en forma de objetos que allí se guardaba. Poco antes de salir de la borrachera destructora, un soldado apuntó y disparó hacia el corazón de la imagen de monseñor Romero, que permanecía dignamente sostenida en una pared. Por segunda vez acertaron y volvieron a matarle.

Cuando los tiros cesaron, tanto en el Centro Monseñor como en la residencia, el padre Joaquín López y López salió de su escondite. Era un hombre débil y enfermo por un cáncer que padecía. Al ver a todos sus compañeros asesinados se dio la vuelta para intentar resguardarse de nuevo en la

casa. El cabo Pérez Vasqu ez, que había escalado un empinado banco de tierra para acceder a la segunda planta de la residencia, vio como una ráfaga de disparos acababan con él. Al ir a comprobar el crimen y pasar por encima de aquel anciano masacrado, una mano le agarr  con fuerza un pie y disparó dos veces más para desasirse de él. Luego, se dedicó a descargar toda la munición sobre el cadáver, como queriendo clavarlo a la muerte.

Concluido el exterminio se tir  la bengala acordada como señal de retirada, de la que algunos no se percataron, y por eso fueron dos las que se lanzaron. El objetivo principal de la operación que les habían encomendado estaba ya cumplido y se iban de all , pero al pasar  valos frente a una de las habitaciones escuch  un sonido amortiguado. Se par  en el umbral de esta misma puerta y encendió una cerilla. Elba y Celina estaban abrazadas, jadeando en un charco de sangre que se expandía por el suelo hasta sus propias botas de militar, por lo que ordenó al soldado Sierra que las rematara. Sierra disparó una ráfaga con su M-16 que las dej  inmóviles para siempre.

Una cerveza Tecate era degustada por Piliay en la parte posterior de la residencia cuando llegaron los tenientes y ordenaron al cabo Cotta que disparara al cielo su lanzagranadas de 40 mm, para que por fin se dieran por enterados de que ya debían salir de all . Al terminar su refrigerio, Amaya Grimaldi tir  la lata y se ofreció a quedarse con la patrulla del subsargento Córdova, para fingir la «supuesta» confrontación con el FMLN. El Centro Monseñor Romero ya estaba siendo incendiado bajo las órdenes de Guevara y, desde enfrente, era apuntado por una ametralladora M-60 que instalaron en el edificio CIDAI de investigación. El propio Piliay tuvo tiempo de disparar de nuevo su AK-47 y un cohete antitanque, que estall  contra la verja de hierro de la residencia de los jesuitas, mientras dos granadas hacían diana en el edificio.

Al salir, los comandos vieron un cartel colgado en el portón en el que se le a: «Hoy no hay clases». El subteniente Guevara lo quit  y escribió al lado: «El FMLN hizo un ajusticiamiento. Vencer o morir. FMLN». A las tres de la mañana

estaban todos de vuelta en la Escuela Militar. Uno de los soldados portaba una cartera color beige con cinco mil dólares.

Era jueves, dieciséis. En el penúltimo mes del año, a punto de iniciarse una nueva década, ocho mártires de la justicia amanecían en El Salvador bajo el sol de noviembre.

Libertad Arregui, desde San Salvador, donde persiste una guerra agonizante, para Euskal Telebista.

A una señal del cámara con la frente en alto la reportera logró apaciguar la mirada y diseminarla por la tierra, tras la escueta despedida del largo reportaje. Al instante, volvió a levantar de súbito sus enormes ojos, abiertos de par en par, se colocó de nuevo el micrófono pegado al pecho, que le latía desbocado, y concluyó:

Acabamos de ofrecerles una de nuestras *Crónicas desde La Libertad*. Después de más de dos años en esta tierra transmitiéndoles información y vivencias para el *Teleberri* y para el programa *Munduz Mundu* desde este increíble país que merece la paz. Desde aquí, donde cada instante sabe a vida y sabe a muerte, nos despedimos hasta la próxima. Saludos. Y no olviden ser felices.